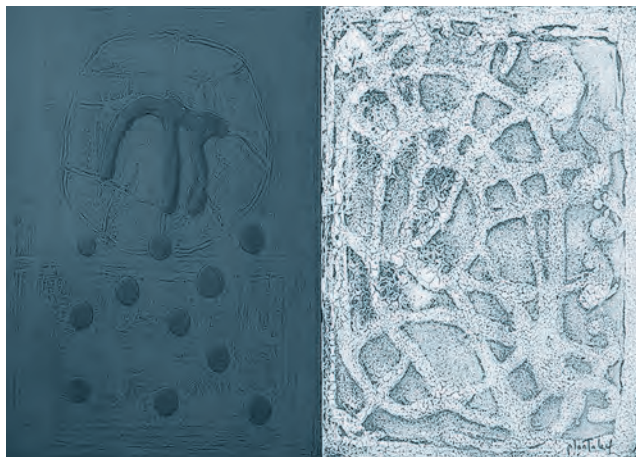


Los años en el eterno Rapallo o la fugacidad de los tiempos dorados

86



Fèlix Plantalech

Juan Ramón Masoliver perteneció al grupo de alumnos del mítico Pati de Lletres en un momento de esplendor de la universidad catalana, tanto por el profesorado como por los alumnos, allá por la segunda mitad de 1920. Junto a Masoliver se encontraban, entre otros muchos, Guillermo Díaz-Plaja, Xavier de Salas, Miquel Batllori, Carles Clavería, Pere Grases, Ana María Saavedra y Ramón Aramón. No todos pertenecían al mismo curso, pero sí convivieron en aquella época dorada de la Universitat de Barcelona. Entre los profesores: Jordi Rubió, Antonio de la Torre, Ramon Esquerra, Jaume Serra Hunter y Joaquim Xirau (Díaz-Plaja 1966). Todos ellos ejercieron una importante influencia en el posterior desarrollo de sus alumnos, muchos de los cuales pasarían a formar parte de la *intelligentsia* del momento o lo habrían sido de una Catalunya y una España diferentes si la Guerra

Civil no hubiera truncado sus trayectorias. Por aquel giro violento de lo que debería de haber sido pero no fue, o lo fue de otra manera, el brillante grupo de jóvenes al que me refiero se ha llamado la *generación quemada*, en palabras del propio Juan Ramón Masoliver, o la *generación destruida*, en boca de Guillermo Díaz-Plaja.

Entre los profesores, para Masoliver tuvo una importancia especial Jordi Rubió. Además de contagiar a sus alumnos de un ansioso europeísmo, una entusiasta curiosidad por saber qué se hacía fuera de Catalunya y España, y de ponerles en contacto con las publicaciones europeas en la Biblioteca de Catalunya, de la que era director, Rubió fue quien propuso a Masoliver un lectorado de español en la Universidad de Génova a principios de la década de los treinta. Una experiencia que resultaría clave en la vida de Masoliver.

Al acabar la carrera de Derecho y Letras el joven Masoliver asistió a la Escuela de Altos Estudios Diplomáticos de París con la idea de convertirse en diplomático, profesión que se avenía con sus ansias de conocer mundo. En un viaje a Barcelona durante su estancia en París, en 1931, el profesor Rubió propuso la experiencia genovesa a Masoliver, que éste aceptó. La vitalidad de la universidad catalana coincidía con un momento brillante del catalanismo. Su formación catalana sería un aspecto importante, aunque contradictorio en buena medida, en el posterior desarrollo de la obra y el carácter de Masoliver. En Génova, aprovechando la presencia de unos cuantos estudiantes de Cerdeña, Masoliver creó un lectorado de catalán.

Una vez allí, entró en contacto con la vida intelectual genovesa, más allá de las relaciones que facilitaba la Universi-

dad. Así, los años del doctorado coinciden con una época de especial productividad y actividad del joven intelectual. Un grupo con el que no tardó en establecer contacto fue el de los redactores de la revista genovesa *L'Indice*, dirigida por Gino Saviotti. Masoliver llegó a ésta ya hacia su final: el último número de la cabecera apareció en diciembre de 1931, y se clausuraría con el almanaque publicado a principios de 1932: el *Almanacco Critico delle Lettere Italiane. Annata letteraria 1931-32*. Al cuidado del propio Saviotti, el *Almanacco* comprendía una cuarentena de textos, algunos de ellos artículos críticos, otros piezas de creación de los autores italianos más importantes del momento, como Carlo Emilio Gadda, Benedetto Croce, Francesco Bruno o Cesare Zavattini. Tras estos artículos y escritos, la publicación ofrece una sección llamada «Le letterature straniere e i loro riflessi in Italia» en la que varios autores ofrecen una perspectiva de literaturas extranjeras. El poeta norteamericano Ezra Pound se encarga de Francia, Edmondo Dodsworth de Inglaterra y Norteamérica, Eugen Haas (entonces un joven brillante y toda una promesa intelectual destacado como músico y poeta) de Alemania y Juan Ramón Masoliver lo hace de España.

La contribución del español es una introducción breve sobre la poesía de su país. Masoliver se lamenta de que la lírica española se conoce poco en Italia, excepto clásicos como San Juan de la Cruz o Garcilaso de la Vega. Comenta que la dificultad de traducir es el principal inconveniente, aunque no sucede lo mismo con la narrativa, ya que sí habían llegado a Italia libros de Valera, Unamuno, Baroja, Gómez de Serna, Blasco Ibáñez o Palacio Valdés. También se podían encontrar traducciones de autores hispanoamericanos como José Eustasio Rivera, Mariano Azuela, Joaquín Edwards Bello o Rómulo Gallegos. Esta exposición, por lo tanto, sirve a Masoliver para criticar que la ausencia de ciertos autores españoles en el panorama editorial italiano sólo corresponde

al desconocimiento de editores y traductores. Para combatirlo, Masoliver introduce lo que él considera la nueva lírica española y ofrece una pequeña antología del trabajo de los poetas de entonces, que –como él mismo dice– parte de *Poesía española. Antología 1915-1931*, de Gerardo Diego, publicada en Madrid por la editorial Signo en 1932. Aparecen, en versión original y traducción de Masoliver, los poemas «El nostálgico», de Juan Ramón Jiménez –a quien diferencia del resto y al cual atribuye la renovación de la tradición lírica del Siglo de Oro Español–; «Arena», de Jorge Guillén; «El ángel bueno», de Rafael Alberti; «No decía palabras», de Luis Cernuda; y «Mi soledad llevo dentro» y «El amigo ausente», de Manuel Altolaguirre. Ésta es la única colaboración de Masoliver en *L'Indice* de la que queda constancia y a la que él haría referencia, orgulloso, a lo largo de los años por su contribución pionera al conocimiento de los poetas de la generación del 27 en Italia. Es también uno de sus primeros trabajos de traducción, una de las actividades a la que más tiempo dedicaría durante su vida profesional.

Su trabajo en esta revista literaria italiana le permitió entrar en contacto con el poeta norteamericano Ezra Pound, un perfil intelectual decisivo para su posterior formación y para su concepción de la cultura en general. Pero no fue en Génova donde Masoliver oyó hablar por primera vez de Pound. Durante el año que pasó en París en su curso de estudios diplomáticos, el intrépido joven se sumergió en la efervescencia cultural de la capital francesa de aquellos años. Así, entró en contacto con los surrealistas franceses a través de Dalí y Buñuel –quien, por otra parte, era su primo lejano. Tampoco paró hasta conocer a James Joyce, a quien admiraba. Como explicó en numerosas ocasiones, Masoliver asistía a la librería Shakespeare & Company, de Silvia Beach, quien también se encargaba de la edición de los libros del irlandés. Este contacto se lo facilitó Nancy Cunard, a quien conoció en una cena

con Dalí. El caso es que la librera y editora poco pudo hacer al principio para que el joven catalán conociese a Joyce, a pesar de que Masoliver, para conmover a Beach, gastó buena parte de su dinero en adquirir varias *plaquettes* de Joyce, entre ellas una de *Anna Livia*. Por mediación de Beach, el joven le hizo llegar al irlandés un ejemplar de la revista *Hèlix* en que se ofrecía la traducción de algunos fragmentos del *Ulises*. Se trataba de la traducción que mossèn Trens había hecho para aquella mítica revista surrealista dirigida por Masoliver y Carlos Clavería, hecha en Vilafranca y de la cual ya habló en el primer número de *Quaderns de Vallençana* Francesc Foguet.

Lo cierto es que verse en catalán o la insistencia del joven debió conmover a Joyce, quien finalmente recibió a Masoliver una tarde (Masoliver Ródenas 2004). En uno de esos encuentros Joyce, al saber que Masoliver viajaría a Génova, le entregó una tarjeta de presentación para Ezra Pound. El joven entonces no era demasiado consciente de quién era Pound ni de las posibilidades que le podía abrir aquella tarjeta, así que a su llegada a Génova no la utilizó. No sería hasta su toma de contacto con los redactores de *L'Indice* cuando Masoliver conoció al poeta norteamericano, que colaboraba en la publicación y tomó conciencia de la importancia del personaje. Entonces sí utilizó la tarjeta.

Pound residía en Rapallo, un rincón delicioso en la costa ligure. Desde su ático en la Via Marsala, sobre el Café Rapallo –los que han escrito sobre ello no parecen ponerse de acuerdo, ya que a veces aparece como un apartamento sobre un hotel y otras como una habitación del hotel– a la orilla del mar, Pound coordinaba, junto a Saviotti, el suplemento literario de la publicación semanal de Rapallo *Il Mare*. Eugen Haas, en 1965, escribió un texto para la radio de Baviera en que recordaba aquellos años (una traducción del texto se ofrece en este apartado de la revista) y, con una atención especial, cómo conoció, junto a Masoliver a Pound:

«Saviotti va prendre l'assumpte per la mà i un dia ens va anunciar que Ezra Pound ens esperava a l'hora de dinar. Ezra seia a la terrassa d'un petit hotel al passeig marítim, un aspecte pintoresc amb la seva barba d'un vermell com el foc, el floc de cabells crespat i frondós del mateix to, vestit amb la camisa oberta, la jaqueta verd prat, els pantalons de franel·la amples i sandàlies blanques. Un atleta dempeus amb el somriure més encisador del món.»

Haas también habla de la aparición del suplemento de *Il Mare*.

«Periòdicament [Pound] s'informava sobre els nostres treballs; se sentia com el nostre rector espiritual, i de fet ho era quan el Grup de Tigullio va començar a prendre forma. De la col·laboració de tots nosaltres en la revista *L'Indice* de Saviotti de sobte va néixer la idea d'un butlletí literari propi, i el que nosaltres en un principi preniem com una fotesa divertida, un dia va esdevenir realitat, quan Pound ens va trucar a tots per a la primera reunió de la redacció. Mentrestant havia convençut l'alcalde de Rapallo que posés a disposició els mitjans per a un suplement literari del diari local *Il Mare* cada dues setmanes, i els bons ciutadans de la petita ciutat no van quedar poc sorpresos quan va aparèixer de sobte el seu lleial diari local amb un suplement en què la colla dels bojos ("i pazzi del Tigullio") es desfogaven indòmits i sense cap mena de reverència sobre Joyce, Juan Ramón Jiménez, Frobenius, Faulkner, sobre música, pintura i sobre el que fos.»

El *Supplemento* se editaría quincenalmente entre el 20 de agosto de 1932 y el 18 de marzo de 1933. Después, en el diario todavía perduraría la «Página letteraria del Mare», inserta sin numeración respecto al resto de páginas, que se publicaría de abril de 1933 hasta el mes de julio del mismo año.

Artistas en la Riviera

Entonces Rapallo, como toda la costa ligur, era un foco de efervescencia cultural. En sus playas se reunían grupos de intelectuales, algunos que gozaban de pleno reconocimiento, junto a otros que más tarde llegarían a ser los grandes nombres de la *intelligentsia*, y no sólo italiana, sino también internacional. Un testimonio excepcional de esto lo ofrece el propio Masoliver en el artículo «Artistas en la Riviera», aparecido en *La Vanguardia* el domingo 21 de enero de 1934, en la sección fija que tenía en el diario y que llevaba por título «Correo italiano», ya que en ella cada semana Masoliver enviaba crónicas sobre la vida y la sociedad italianas, sumidas entonces en un momento de gran agitación.

En su artículo, Masoliver cita a algunos de los artistas e intelectuales que por entonces vivían o frecuentaban la costa ligur. No era un fenómeno nuevo la atracción que las tierras italianas ejercen sobre la sensibilidad artística. Ya Goethe o Stendhal se sintieron atrapados por esta fascinación. Tal vez la novedad es que ya no sólo se trata del esplendor de Roma, Florencia o Venecia, sino que el interés se desplaza hacia otros rincones del litoral, no menos «pintorescos». Según Masoliver, el encanto y el lujo de San Remo o Viareggio (donde se fallaba y se otorgaba un importante y popular premio de novela) son lugares más propios de los italianos, mientras que alemanes, ingleses o americanos prefieren lugares más tranquilos como Rapallo, Portofino o Santa Margherita, a los cuales se llegaba por «la más hermosa carretera de la Tierra». Desde el concepto de turismo que tenemos hoy día, plagado de prejuicios sobre la masificación, la descripción masoliveriana de la costa ligur puede incluso asustar un poco, por ser foco turistizado y destino de multitudes ociosas; sin embargo, teniendo en cuenta que se habla de la Italia de los años treinta y del calibre intelectual de los «turistas» en cuestión, es fácil entender que Rapallo y los pueblos de sus alrededores se convirtieran en núcleos

cosmopolitas y puntos de referencia de la cultura internacional. Allí estaba Masoliver, y como él Fritz von Unruh —en la misma villa que antes habitó Nietzsche—, Menzo Bianchi, Gerhart Hauptman, el general Angelo Gatti, la violinista Olga Rudge, Edmondo Dodsworth y Salvador Gotta; además del poeta Basil Bunting y el ya mencionado Ezra Pound.

«El artista de la Riviera dista mucho de la bohemia, y cuando no se ha instalado en una “villa” se alberga en buenos hoteles, convirtiéndose —por obra y gracia de la costumbre italiana— en el “profesor”, el “doctor” o el “maestro” fulano o mengano.»

Los artistas formaban grupos que se convertirían en el motor de la cultura de aquellos pueblos y, para sorpresa de los nativos, centros de referencia mundial. Gracias al Grupo Tigullio, que se reunía en el café Rapallo, se pudo ver en aquella villa exposiciones que para sí hubiesen querido muchas de las salas institucionales más prestigiosas del momento: Oskar Kokoscha, Levy, Gesimus o Rolando Montí. Entre los artistas de la Riviera abundaban los músicos y el gusto por la música, por lo que también se creó la Semana Mozartiana y el Invierno Musical, dirigido por Gerhart Munch. Otras iniciativas fueron el Premio Rapallo de cuento o la Sociedad Cinematográfica dirigida por Saviotti. No es difícil imaginar el enriquecimiento que para Masoliver suponía el tomar parte activa en todas estas actividades. Entonces era un joven de 22 años, acabado de salir de la universidad. A pesar de que el entorno familiar y social le proporcionaron una formación sólida y le convirtieron en un joven culto, los años italianos supusieron para él una formación intelectual y personal clave y trascendente para el desarrollo de su trayectoria. Es en estos años cuando se gesta el profundo amor que siempre sintió por Italia y su cultura.



Emma Lorán Camps

«En un café de Rapallo, junto al mar, se reúne el grupo “Tigullio” y no es exagerado decir que allí se hacen y deshacen escuelas literarias y movimientos artísticos. A esos veladores se han sentado, de paso por Rapallo, el patriarca de la moderna poesía inglesa, el irlandés Yeats: los compositores Tibor Serley y Geza Frid; los poetas Zukofsky y Emanuele Sella; Giménez Caballero, de vuelta de Roma, y Paolo Zappa, de regreso de sus exploraciones en la selva brasileña; reunidos con sus colegas de la Riviera bajo la presidencia del mayor poeta americano Ezra Pound, que lleva seis o siete años anclado en este golfo. Y las perillas y barbas, las boinas y las chaquetas escocesas, y los pantalones bombachos y los blancos, y los monóculos que a otras horas del día están esparcidos —con sus respectivos dueños— por el golfo en una vida perfectamente normal y poco olímpica (paseos, tennis, flirtear o remar), se agitan en torno a un velador entre el recelo y la condescendencia de los indígenas» («Artistas en la Riviera», *La Vanguardia*, 21 de enero de 1934).

Testigo de un momento tan privilegiado como éste, Masoliver transmitió su experiencia a través de las crónicas que hizo para su «Correo italiano» en *La Vanguardia* y para el semanario *Mirador*, que hoy constituyen un testimonio excepcional por lo que tienen de auténtico y de vívido sobre aquellos años italianos. Por un lado, el lector descubre la revelación que está viviendo Masoliver, a la vez que percibe que el cronista le traslada a cualquiera de las discusiones del grupo para sentirlo como si lo estuviera viviendo en ese preciso momento. Además, los artículos permiten ver cómo empieza a formarse el periodista que Masoliver llegaría a ser. Hasta aquel momento, nunca se había planteado el periodismo como su destino profesional, como demuestra el año de estudios de Francia para llegar a ser diplomático. Aunque *Hèlix* le proporcionara unos conocimientos útiles para manejarse en el mundo de la prensa, no se puede considerar una experiencia periodística, ya que entre los estudiantes era una práctica habitual crear revistas de duración siempre indefinida —ya había colaborado en *Ginesta* en 1929. Así, sólo se encuentra en la experiencia italiana y los azares que le llevaron a escribir primero en *Mirador* y más tarde en *La Vanguardia* el germen de una particular forma de entender el periodismo, o incluso la escritura. Masoliver no se considera un cronista o reportero de una publicación, sino que, consciente de que aquello que vive es una situación privilegiada, exclusiva, asume su condición de escritor para fijar cuanto está viviendo y comunicarlo a los demás, en este caso la sociedad catalana. De este modo se desarrollará el periodismo de Masoliver, quien siempre hablaría con un cierto desprecio de los «reporteros», considerando que los que ejercían el periodismo como él eran escritores, intelectuales que escribían para prensa.

Un periodismo particular para comunicar unos hechos excepcionales. Masoliver formó parte de un proyecto ambicioso, de manos de Ezra Pound, quien, coincidiendo con el

décimo aniversario de la Revolución Fascista, en 1932, creyó tener todos los factores para crear desde Rapallo un auténtico torbellino –vórtice– cultural y convertir la idílica villa ligur en un centro internacional de cultura fascista, un foco de actividad intelectual de referencia internacional como lo habían sido Londres o París en la década de 1910. Un proyecto que responde al ideal de Pound de crear una élite capaz de dirigir la cultura para el resto de la sociedad. Esta perspectiva, que se acercaría a los postulados fascistas, también hizo mella en Masoliver, quien siempre conservaría una perspectiva elitista de la cultura.

«Il Mare»

Una experiencia mucho más relacionada con la literatura que con la prensa, así se puede considerar la de *Il Supplemento Letterario* de *Il Mare*. Dirigido, como ya hemos dicho, por Ezra Pound y Gino Saviotti, el suplemento contó con la presencia de Masoliver ya desde su primer número. En éste se marca una estructura que se conservará en los números posteriores. Se trata de una sección llamada «Redazione», donde aparecen artículos y escritos de creación; y otra que lleva por título «Affari Esteri», donde se da noticia de la actualidad literaria de otros países (en la redacción del diario coincidían seis nacionalidades distintas). En el primer número estrenan la primera sección escritos de Gino Saviotti, F. F. Cerio, Em. Gazzo y Edmondo Dodsworth (quien consta como secretario). En el apartado de asuntos exteriores constan como autores Ezra Pound, Basil Bunting, Masoliver y Eugen Haas, aunque en este número el joven español no firma nada. En el número dos (3 de septiembre de 1932) y siguientes la estructura y autores serán prácticamente invariables (algunos de estos artículos se pueden leer en traducción de Juan Antonio Masoliver Ródenas en esta revista). Aquí, Masoliver firma el artículo «Osservazioni al redattori di “The European Cara-

van”», donde comenta y rebate un artículo de Samuel Putnam aparecido en *The New York Sun* en julio de 1932 y en el que se habla de la poesía española del momento. De nuevo, como ya hiciera en el anuario de *L'Indice*, Masoliver menciona la antología de Gerardo Diego, porque es quien ha influido en Putnam para la redacción de su artículo, en el que menciona los mejores poetas españoles. Masoliver critica la selección de Putnam y menciona la obra de autores como José Moreno Villa, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Vicente Aleixandre y, por supuesto, Juan Ramón Jiménez, al que vuelve a reivindicar como el mejor de todos. Ésta sería la primera vez que Pound escuchaba hablar de Jiménez. Ya en este artículo se encuentran las características del estilo propio masoliveriano: su ironía y un cierto desparpajo cuya espontaneidad a veces va en detrimento de la comprensión del artículo.

El siguiente texto de Masoliver aparece en el número 5 (el 15 de octubre de 1932), bajo el título «Un vero grande libro sulla Spagna», donde ofrece una reflexión sobre el carácter y la cultura españolas, a partir de la publicación de *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*, de Ernesto Giménez Caballero, en Ediciones de «La Gaceta Literaria», en 1932. El centro del artículo –pieza donde se identifica la atracción que Masoliver sintió por ciertos postulados fascistas– es el tema de la lucha entre la tradición oriental y la occidental en el carácter español; entre la idea de Dios sobre el hombre y el individuo sobre Dios (el Yo y el progreso), el racionalismo contra el sentido intuitivo. Masoliver, quien apuesta por la España católica de pasado imperial, ilustra la cuestión con ejemplos de la cultura española. Don Quijote y Sancho son ejemplos del doble carácter español, como también lo es la novela picaresca al mostrar a hidalgos llenos de títulos y de orgullo pero faltos de dinero. También esos contrastes están en Larra y Ganivet: junto a lo cosmopo-

lita y lo aristocrático aparece lo populista. Más ejemplos: la disyuntiva de Joaquín Costa entre la democracia y lo dictatorial; Unamuno el liberal y antieuropeo, defensor de la paz y la guerra, del catolicismo laico y de la república monárquica; las mujercuelas que no permitirían ofensas a la Virgen, las muchachas que saltan de la cama del amor a comulgar, católicos que miran quemar las iglesias, los comunistas profundamente morales en su vida privada, etc. De todos estos casos, Masoliver concluye que el español ha fabricado como arma la ironía y el sarcasmo, la facilidad de reírse de sí mismo antes de que lo hagan otros. Este artículo muestra cómo determinados postulados fascistas hacen mella en el joven periodista. El artículo se acompaña de una nota en la que Masoliver informa sobre la aparición del libro de Giménez Caballero, del que dice que analiza los medios a seguir para un resurgimiento español en relación con los movimientos de Rusia, Italia, Turquía y Alemania y del que apostilla que es interesante la exposición que del fascismo que hace «este admirador de la joven Italia».

Otro artículo aparece en el número 8, el 26 de noviembre de 1932, titulado «A tout épreuve». Éste es uno de los más interesantes en cuanto al estilo del autor. Más allá del análisis propio de los otros artículos, Masoliver adquiere una voz propia, cargada de cierto lirismo para defender la poesía de Éluard y acabar relacionándola con la de Cernuda. En el artículo hay bellas reflexiones sobre la función de los sentidos, sobre la percepción de la muerte y del paisaje. Masoliver demuestra una exquisita sensibilidad hacia la poesía, además de un amplio conocimiento: en el artículo aparecen citados y analizados fugazmente Breton, Baudelaire y Pétret. Este conocimiento de la poesía y su contacto con los surrealistas de París y de *Hélix* fueron sus principales garantías cuando Pound depositó su confianza en él y lo citó como una autoridad en su *Guide to Kulchur* (sobre este hecho y otros concernientes al

Grupo Tigullio que aquí aparecen ha escrito Wayne Pounds en el capítulo «Towards the Rapallo vortex», que forma parte de un libro en preparación y que ha cedido amablemente a QUADERNS DE VALLENÇANA).

En el número 10, del 24 de diciembre de 1932, Masoliver interviene en la sección «Chismes», que realiza conjuntamente con Haas. En este punto, merece la pena destacar la relación de los dos jóvenes, que llegaría a ser muy estrecha. Ambos, como el alemán explica en el texto elaborado en 1965 para la radio de Baviera, habían sido aceptados a la vez en el cuerpo de profesores de la Universidad de Génova, «i aquesta agradable feina ens va donar disponibilitat gairebé il·limitada del nostre temps, per no parlar dels llargs mesos de vacances entre l'acabament i l'inici de l'any acadèmic».

Haas, de marcado carácter antisemita, supondría otra de las influencias importantes en Masoliver. Retomando la pieza en el suplemento *Il Mare*, en este «Chismes» Masoliver habla sobre la visita de Giménez Caballero a Italia y su idea sobre el que ha de ser el «instrumento de la fascistización ibérica: el regreso a la Madre Roma». Otro de los aspectos que llaman la atención de Masoliver en este artículo breve es el pésimo estado de las revistas literarias en España y la decadencia de los diarios, como *El Sol*, del que dice que se ha convertido en portavoz de Azaña y en el que asegura que hay censura interna, por lo que los autores no firman los artículos.

«I Gesuiti in Spagna» es el artículo que Masoliver firma en el número 12 de la publicación que nos ocupa. El contenido del artículo se podría resumir en una cita que hace Masoliver en referencia a Giménez Caballero, quien sentencia que el estilo fundamental español es el jesuitismo, por lo que tiene de refulgente, de artificios de oro y plata que quieren maravillar a los mendicantes y ganar con la pompa la voluntad de todos. Este gusto por lo refulgente, por lo barroco, según Masoliver está en la mejor tradición poética española, desde

los poetas del Al-Andalus, hasta Juan Ramón Jiménez, pasando por Góngora, Bécquer y la Generación del 98. Masoliver establece todo un itinerario para acabar hablando de la calidad de Juan Ramón Jiménez y de lo que de ella hay en los poetas de generaciones más jóvenes. Gracias a artículos como éste, Pound pudo profundizar en el conocimiento del futuro Nobel de Literatura.

En el número 13, del 4 de febrero de 1933, Masoliver publica «Indice della nuova lirica spagnola», donde ofrece un listado de los poetas que más le interesan y de las revistas de poesía del momento. De nuevo vuelve a citar la antología de Gerardo Diego, pero la amplía con otros nombres. Así, además de los poetas del 27, Masoliver cita otros, como los del grupo *Litoral* (Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Emilio Prados, Vicente Aleixandre o José María Hinojosa), Alfonso Reyes, Dámaso Alonso y algunas mujeres (Rosa Chacel, Concha Méndez o Ernestina de Champourcin). Entre las revistas cita *Ley*, *Índice*, *Litoral* o *Carmen*, además de *La Gaceta Literaria* y *Revista de Occidente* entre otras. Escribe un nuevo *chisme* en este número 13, en el que habla de Eugenio D'Ors y la actitud que otros escritores e intelectuales mantenían hacia él, afirmando que quienes antes le consideraban un Petrarca, han dejado de respetarle arbitrariamente.

El último artículo extenso de Masoliver aparece en el número 16, del 18 de marzo de 1933: «A proposito del "Viaggio di Gararà" di Benedetta». En éste, se ocupa de la novela de Benedetta Marinetti, a la que critica por demasiado abstracta y porque considera inútil el lenguaje filosófico-científico que ella utiliza. Masoliver rebate los argumentos que Marinetti utiliza para alabar la novela de su mujer. En este mismo número, publica un *chisme* en el que habla del poder, concretado en diferentes cargos políticos que la República española ha dado a las mujeres. Irónicamente —y con un marcado carácter misógino— Masoliver se pregunta cuándo los re-

baños de mujeres poetisas encontrarán algún pasto que las aleje de la voluntad de escribir poesía.

Entre Masoliver y Haas se estableció una sólida amistad que se extendería a lo largo de los años. Después de la experiencia de Rapallo, estuvieron juntos en Roma, donde Masoliver se trasladó en 1934. Mucho tiempo después, como recuerda Juan Antonio Masoliver Ródenas, no era extraño ver al fotógrafo alemán y a su familia en la casa de los padres de Juan Ramón en Rambla de Catalunya.

Eugen Haas se educó en Heidelberg, donde fue estudiante de Friedrich Gundolf, quien a su vez era discípulo del poeta Stefan George, de clara tendencia antisemita. En el grupo de George, Haas estaba muy bien considerado y se le atribuía un gran talento, aunque jamás llegara a cumplir las grandes expectativas que se habían proyectado sobre él. Es interesante porque, a partir de la estrecha relación que mantuvo con Masoliver ya en los años de Rapallo, se pueden entender muchos de los posicionamientos intelectuales del entonces joven catalán. Volviendo a George, éste y su círculo de discípulos seguían las teorías de Frebonius sobre la intuición como forma de conocimiento y el *Paideuma*, una especie de impulso inherente al hombre, determinado por el ambiente, que a su vez determina y crea la raza de los hombres. El racismo que se desprende de este pensamiento determinista explica a su vez el antisemitismo de George y sus seguidores, entre ellos Haas y Masoliver.

Haas era el encargado de presentar y analizar la literatura alemana en el *Supplemento*. De sus valoraciones se obtienen más muestras de lo que aquí argumento. A la hora de destacar los grandes escritores de su país, Haas compara a Otto Weininger (autor del libro *Geschlecht und Charakter*, una fuente para los propagandistas antisemitas, según Pounds) con Arthur Schnitzler, austríaco y judío. Evidentemente, el elegido es Weininger, incluso Haas llega a hacer

campaña para que se deje de valorar a Schnitzler como un gran escritor alemán, ya que sólo lo considera representativo del naturalismo vienés. Como destaca Pounds, los artículos de Haas en *L'Indice* y el *Supplemento* son los únicos de carácter antisemita. Sin embargo, el alemán dejó una huella importante en Masoliver, ya entonces fácil de detectar en sus artículos de la época, como los que publicaría en *Mirador*.

A pesar de su intensidad, la experiencia del *Supplemento* fue fugaz, como explicó Haas en la radio de Baviera:

«Avui dia els temps daurats transcorren ràpidament. Els grups com el nostre “Club Tigullio” tenen una durada curta. El primer dissident va ser Basil Bunting [...]. Per a Masoliver va arribar la Guerra Civil espanyola, i com a fill d’una família severament catòlica va partir al bàndol nacional. Un grup d’amics del barri del Port de Gènova li va oferir un banquet de comiat, i només a la ronda d’honor final es va evidenciar que s’havien pensat com la cosa més natural que anava a lluitar amb els rojos. Com que ja s’havia fet la festa, es va beure a la salut de l’amic sota el menyspreu de la política. Sovit Pound es divertia amb nosaltres sobre aquest fet.»

Cuando Masoliver se despidió de sus amigos en 1936 para participar en la Guerra Civil Española, ya no estaba en Génova, sino en Roma, donde residía desde 1934 como corresponsal de *La Vanguardia*. Fue también en la capital romana donde contraería su primer matrimonio con Niussa Skargynsky, una condesa rusa que todavía hoy supone uno de los mayores misterios en la vida de Masoliver.

Crónicas hacia Catalunya

La revista *Mirador* apareció el 31 de enero de 1929, dirigida oficialmente por Manuel Brunet (Just Cabot también lo hacía en funciones) y propiedad de Amadeu Hurtado. La re-

vista aparecía en un momento especialmente brillante para la prensa y las publicaciones catalanas. Juan Ramón Masoliver empezó a colaborar en *Mirador* el 16 de julio de 1931, y lo hizo hasta el 10 de octubre de 1935. Todos sus artículos los envió desde Rapallo –hasta 1934– y Roma. En ellos están reflejadas las emocionantes vivencias, con sus revelaciones y descubrimientos, de Masoliver, primero como lector de español y catalán y, más tarde, como corresponsal. Los artículos son una clara muestra de las influencias que estaba recibiendo y del modo en que éstas estaban contribuyendo a la creación de su personalidad profesional e ideológica. Si antes hablábamos del antisemitismo de Haas, en parte consecuencia de su formación a la sombra de Stefan George y reflejado en su rechazo de Arthur Schnitzler, es interesante ver cómo se posiciona ante estos dos hechos Masoliver. El 31 de diciembre de 1931, Masoliver publica en *Mirador* el artículo «L’obra d’Arthur Schnitzler. Erotisme i valor objectiu». El autor, más allá de la «pietat pel mort», se propone «precisar el lloc exacte que a l’escriptor austríac correspon», objetivo que coincide con la campaña de Haas comentada anteriormente. Los argumentos de Masoliver se dirigen en la misma dirección que los de su amigo alemán, ya que desmerece a Schnitzler por considerarlo un autor del XIX, es exceso preocupado por la nostalgia de un esplendor pasado y demasiado realista y naturalista. En su conjunto, el artículo tiene un elevado contenido antisemita, ya que llega a concluir que el carácter de los judíos (analista, pesimista y erótico) hace que sean mejores autores en géneros menores, como la biografía o el cuento: «Aquell ambient malaltís havia d’accentuar la mentalitat hebrea –important en la cultura austríaca– en la seva tendència a l’intel·lectualisme analitzador, al pessimisme moral, i sobretot a l’erotisme.»

Otro de los rasgos característicos del carácter de Masoliver, su catolicismo, se pone de manifiesto en algunos fragmentos del artículo en los que critica el erotismo en la escri-

tura de Schnitzler, llegando a insinuar que la razón de tanto erotismo no es otra que la insatisfacción: «És més obra de la fantasia –imaginat– que sacietat dels sentits; és la imaginació de qui, impotent per superar els plaers solitaris, s'escarrassa a representar-se escenes, a descriure situacions de refinament sensual. [...] La crueltat que com perfecte ressentit traspuia Schnitzler.»

En pocos artículos Masoliver muestra un antisemitismo tan claro como en éste, que también pone de manifiesto la influencia que sobre él ejercía Haas en un ambiente favorable al cultivo de una ideología en estos términos, si recordamos que la figura más destacada del Grupo Tigullio era el antisemita Pound. También calarían hondo en Masoliver las inclinaciones fascistas del poeta norteamericano quien, simpatizante de Mussolini, durante la Segunda Guerra Mundial tomó partido por el Eje y en 1940 aceptó la invitación del gobierno italiano para realizar emisiones radiofónicas dirigidas al personal de servicio americano contra el propio gobierno norteamericano. El propio Duce calificó a Pound como «amigo» (Bosworth 2003). Opciones o extravagancias, éstas, que Pound pagaría muy caras. Haas en su programa de radio de 1965 también se refirió a ese capítulo de la vida de Pound, y es interesante porque cuando señala qué fue lo que atrajo a Pound de Mussolini, está hablando de todo el Grupo Tigullio:

«Pound es va deixar “enganyar” per Mussolini, es pot llegir darrerament de manera reiterativa. L'expressió és desafortunada i inexacta. El que ell va veure en el Duce i el va captivar va ser l'intent, que també va admirar en el futurista Marinetti, de fer sortir el poble italià de la seva mediocritat i indolència i convertir-lo en un estat modern, tal com el representava el filòsof Gentile. És a dir, pura teoria. La realitat: Mussolini va mostrar interès per l'extravagant italià d'elecció i el va convidar a una conferència al Palau de Venècia.»

Otro rastro del pensamiento de Haas en Masoliver se puede detectar en el artículo «Stefan George ha mort», publicado el 21 de diciembre de 1933, y en el que se define a George como el más alto poeta alemán moderno. Aunque se le considera el precursor del nacional-socialismo, dice Masoliver que el poeta siempre rechazó tal mérito y que si todos sus libros llevaban estampada una esvástica era «símbol més de la voluntat de moviment en un cercle tancat als profans». Masoliver recuerda el GeorgeKreis, el círculo de admiradores de George, que hace la revista *Blätter für die Kunst*, que imponía la jerarquía y el exclusivismo del grupo en bloque. Por esta razón, la compara con *Anonimato* de Juan Ramón Jiménez (uno de los referentes más claros en todos los artículos de este momento en la obra de Masoliver). Según el autor, George y Jiménez comparten las mismas direcciones, una igual preocupación poética y un papel parecido en el movimiento literario de los países respectivos. Mucho debía admirar a George –aunque fuese a través de Haas– para compararlo con su casi idolatrado Jiménez.

Un concepto importante en Haas que aparece en el artículo de Masoliver es el *Paideuma*, que define como «el determinisme de la cultura d'una contrada, que forçosament es manifesta en l'individu i és el que contribueix majorment a encibir-lo dins el llevat espiritual de la seva pàtria».

Los judíos volverán a estar presentes todavía en algún artículo más de Masoliver, aunque con una perspectiva diferente. El 7 de febrero de 1935 publica «No és botiguer tothom que ho sembla», un perfil del editor suizo afincado en Italia Ulrico Hoepli, fallecido poco tiempo antes. En él, hace mención al problema del antisemitismo, pero de una manera completamente neutra y distante, como la lucha «més o menys encoberta que el feixisme ha mantingut contra els fills de Judà». Una de las razones que apunta para explicar esa lucha es el poder que ostentan los judíos, de los que dice

que controlan las editoriales más importantes de Italia. Continúa el perfil y la cuestión semita no aparece más, excepto en alguna breve referencia al talento connatural de los judíos para los negocios. Todo el artículo es una exaltación de las cualidades de Hoepli y su buen hacer profesional, ya que la clave de su éxito fue la idea de empezar a editar libros técnicos en italiano. El texto demuestra la incipiente habilidad para este tipo de artículos, obituarios en los que se ensalza la figura del difunto a la vez que se hace un ágil recorrido por su biografía a través de los mayores aciertos del personaje y los momentos más trascendentes de su vida.

Los artículos comentados hasta ahora son quizá los que mejor demuestran la influencia que el fotógrafo Haas tuvo en el desarrollo intelectual e ideológico de Juan Ramón Masoliver, mientras que en los aparecidos en *Mirador* es interesante ver cómo se refleja aquello que el cronista está aprendiendo y descubriendo. Se trata de un conjunto de textos en los que aunque el cronista se cree únicamente portador de una información, a la vez está diciendo mucho de sí mismo. Vemos cómo se gesta un estilo de periodismo muy propio, caracterizado por una fuerte presencia del periodista como testigo de los hechos de los que habla, sin una falsa adoración al mito de la inexistente objetividad. En los artículos de *Mirador*, se lee entre letras cómo un joven recién licenciado que en principio había de dedicarse a la diplomacia descubre un nuevo mundo lleno de estímulos intelectuales, del lujo y el glamour de los habitantes de Rapallo. Así, hay crónicas que describen la actualidad literaria italiana, como «Literatura i crítica», del 3 de septiembre de 1931. En éste, el autor habla de los intelectuales que residen o visitan Rapallo: Saviotti, Pound, Hauptmann o Von Unruh; y los instrumentos intelectuales utilizados por éstos; *L'Indice* contra *L'Italia Letteraria*. Sus contactos le permiten conocer de primera mano los debates que se desarrollan en los círculos culturales, sobre todo la

oposición entre la literatura elitista (representada por los partidarios de *L'Italia Letteraria*) y la literatura popular. Para profundizar en este tema, Masoliver ofrece una entrevista con Saviotti, en la que hablan sobre el ideario de *L'Indice*, basado en una concepción del arte entendido como producto de la totalidad del hombre, es decir, un arte humano contra el arte únicamente intelectual. Continúa la reflexión sobre este tema en el artículo «Prejuicios estéticos», aparecido el 29 de septiembre de 1932. Aquí, Masoliver parafrasea a Saviotti para afirmar que los escritores elitistas se leen poco pero tienen mucha influencia en el resto de escritores. El autor afirma que es un error distinguir entre el pensamiento y su exteriorización, en otras palabras, que el pensamiento del creador ha de estar implícito en su obra, sin necesidad de hacerlo evidente en formas determinadas o forzadas. Señala como escritor acertado en esta cuestión a Benedetto Croce (a quien dedica también un artículo), al considerar que el poeta trabaja para esclarecer su visión estética, la visión de cuanto le rodea. De esta manera, cuanto más fina sea una idea más fino será su estilo para manifestarla, y en este sentido Masoliver menciona a Juan Ramón Jiménez y Unamuno.

Partiendo de esta concepción, no hay lugar para la discusión entre fondo y forma: el autor comenta que el debate sobre esta cuestión es demasiado antiguo y que ya debería haber sido superado mucho tiempo atrás. Todas estas consideraciones resultan interesantes porque ayudan a ver cómo se fue moldeando el pensamiento estético de Masoliver, además de demostrar hasta qué punto formó parte del movimiento intelectual que se vivió en Rapallo en la década de los treinta. En su época italiana empieza a tomar partido por determinadas concepciones que formarán la base de su pensamiento y su criterio artístico. Una nueva perspectiva del debate entre forma y contenido se encuentra en el artículo «Entorn el classicisme», del 3 de noviembre de 1932, donde reflexiona sobre

las etiquetas de «clasicismo» y «romanticismo». Para Masoliver, el sentido filosófico de la palabra «clásico» lo iguala al realismo, porque históricamente lo clásico era lo que reflejaba con perfección la realidad. Dice el comentarista que la obra perfecta se completa con dosis de realismo, clasicismo e inspiración –la presencia de Dios. Reprocha a los realistas que olviden la inspiración y se limiten a imitar la naturaleza. Para resaltar la importancia de la inspiración compara dos esculturas que representen una escena de amor materno, una griega y una cristiana. Según el autor, la cristiana siempre tendrá más sentimiento, más pasión, porque está hecha pensando en Dios. Parafrasea a Lionello Venturi afirmando que el arte cristiano tiene más valor porque su espiritualidad proviene de Dios y no del refinamiento de la Naturaleza. En este sentido, merece la pena subrayar cómo hace acto de presencia el profundo catolicismo del cronista y la importancia del sentimiento religioso.

El resto de los artículos aparecidos en *Mirador* siguen la actualidad cultural genovesa. En «El Prometeu ben desencadenat» (3 de marzo de 1932), Masoliver ilustra la figura de Vittorio Podrecca, creador sublime, según el autor, de teatro de títeres para adultos. «Cristòfor Colom fou català?» (22 de diciembre de 1932) habla sobre el libro publicado por el Ayuntamiento de Génova, escrito por Giovanni Monleone, sobre la vida y nacimiento del almirante; que parece no dejar duda sobre el origen de Colón. Es interesante porque ofrece el dato de que Masoliver trabajó en la edición hispano-francesa del volumen durante unos meses. En «Què cal traduir?» (27 de abril de 1933), vuelve a poner de manifiesto su profundo conocimiento de la literatura y la cultura italianas al criticar la traducción que Miquel Llor hizo en Proa del libro *Los indiferentes* de Moravia. Masoliver critica la decisión porque considera que en ese momento existen escritores más interesantes y más representativos para importar a Cataluña.



Rosa Solano

Parafrasea a Gide cuando afirma «que serà tant més universal un autor –i més ric, per tant en suggerències i alligònamentals– com més compenetrat estigui amb la seva pròpia raça». La utilización de la palabra *raza* no nos debe pasar inadvertida. Masoliver dice que el éxito de Moravia en Italia se debe a un hecho coyuntural, porque se adscribe a los *contenuttistas*. Considera que el escritor es de un estilo poco cuidado, con personajes falsos e incluso cuestiona que conozca bien el italiano. Frente a Alberto Moravia, exalta a Giovanni Verga, Federico Tozzi, Mario Puccini, Saviotti, Luigi Pirandello, Giuseppe Borgese, Antonio Aniante o Italo Svevo. De nuevo muestra un amplio conocimiento de la actualidad literaria italiana. En cuanto al estilo, habla ya desde ese tono un tanto agresivo, sin complejos de ningún tipo, tan característico de él.

«Setmana mozartiana» (20 de julio de 1933) se ocupa del ciclo de conciertos impartidos por el pianista Gerhard

Münch y la violinista Olga Rudge –quien llegaría a ser la amante de Pound–, organizado por el poeta norteamericano, Bunting i Haas. La Semana Mozartiana era una de las actividades coordinadas por el grupo Tigullio, y resulta interesante esta crónica porque de nuevo vuelve a mencionar cómo era Rapallo en aquellos momentos:

«Rapallo és un punt de repòs en l'express París-Roma i entre tants americans –maletes, caravanes hongareses, antics empleats anglesos a l'Índia i xilens fills d'emigrants, arriba sovint un nom il·lustre en la literatura, la pintura o la música a augmentar l'estol de personalitats citades en llibres i revistes que ha fet de Rapallo el seu centre d'operacions.»

Siempre con el punto de mira en la actualidad cultural, el artículo «Ens decidirem a fomentar una indústria nacional?» (7 de diciembre de 1933) se dedica al estado de la cinematografía catalana y española. El panorama ofrecido es bastante negativo y pesimista sobre las posibilidades de mejora. Entre los cineastas destacados menciona a su primo y amigo Luis Buñuel, Edgar Neville, Piqueras y Carner-Ribalta. Las causas del lamentable estado del cine son, para Masoliver, que los particulares no invierten y que el Estado es bastante indiferente a este aspecto, y lo compara con las medidas proteccionistas que el gobierno de Mussolini desarrolla para fomentar el cine italiano. Según los cálculos de la administración estatal, un film ordinario representa para el Estado un ingreso de 160.000 liras. El ejemplo de la política intervencionista que Masoliver analiza es el Decreto-ley del 11 de noviembre de 1933, al que habría que agradecer que se hubiesen podido realizar películas como *Tren popular* (*Treno popolare*) de Raffaello Matarazzo, *El món marxa y Solitud*. Como cineastas importantes menciona a Matarazzo y Bosio.

En «Cal parlar d'un teatre català?» (del 11 de enero de

1934), analiza la calidad de las producciones dramáticas italianas y las posibles políticas de protección del teatro italiano, inútiles, según Masoliver, si las producciones son de mala calidad. Aquí cabría señalar una cierta contradicción con lo que afirma en el artículo que comentábamos unas líneas más arriba y donde defiende que el país apueste por una industria cinematográfica nacional. La contradicción es menor si partimos del hecho de que Masoliver diferencia las posibilidades del cine de llegar a ser un producto industrial de masas de las que tendría el teatro, una creación mucho más reducida en cuanto a sus posibles consumidores ya sea como lectores o espectadores.

De nuevo volverá Masoliver a ocuparse del cine en el escrito «Europa, els millors films. Els millors actors, Amèrica» (18 de octubre de 1934), una crónica de la Bienal de Venecia, la cual en lugar de tener entonces como galardón el León de Oro, tenía otro no menos animal: la copa Mussolini. Nos encontramos ante una pieza informativa –cargada de la presencia del autor, como no podía ser de otra manera– donde se da cuenta de los actores, actrices y directores premiados. Masoliver menciona a Greta Garbo (en *Cristina de Suecia* de Ruben Mamoulian), Katherine Hepburn (en *Little Women*, aquí *Mujercitas*, de George Cukor) y Wallace Beery como los mejores actores del festival, pero los films ganadores son los europeos *Agua muerta* (*Dood water* en versión original) del holandés Gerard Rutten y *L'home d'Aran* (*Man of Aran*) de Robert J. Flaherty. Aunque alaba el talento y el buen hacer de los actores americanos, Masoliver critica la comercialidad y la poca calidad del cine de los EEUU frente al que se realiza en Europa.

Vuelve Masoliver a ocuparse de la actualidad literaria – el tema predilecto de estas crónicas, sin duda– en «El Premi Bagutta» (15 de febrero de 1934), y otra vez aparecen descritos los diferentes grupos o escuelas literarias italianas. Los

premios aparecen aquí como instrumentos estratégicos para promocionar autores y consolidar su prestigio, ya sea entre los mismos escritores como para los lectores. El fallo del Bagutta, que ganó Paul Radice, aparece como una ceremonia animada llevada a cabo en una taberna. El dinero del premio procedía de una subasta de obras de artistas de Bagutta y de donaciones personales. Para Masoliver, este galardón es mucho más valioso, por su componente popular y por la participación directa de los lectores (entre los que se encuentran los organizadores del premio y también los mecenas), que otros más institucionales o elitistas, como el Viareggio, organizado por un comité turístico. Esta convocatoria y ese patronazgo son el centro de «Entorn al premi Viareggio» (30 de agosto de 1934), artículo que da cuenta de la moda que se había impuesto entonces entre los comités de Turismo de crear premios literarios para promocionar y dar prestigio a las ciudades. El Viareggio, en concreto, fue creado por el jefe del despacho de prensa de Mussolini, Pirandello y Bontempelli – de la Academia– y un amigo y colaborador literario del jefe del fascismo. El éxito del Viareggio inició la «plaga» de premios literarios. Este artículo, además de su valor como documento sobre la historia y las razones de la convocatoria, resulta entretenido porque describe las estrategias de los escritores para ganarse los favores de los miembros del jurado. También se describe con acierto y minuciosidad el ambiente que se crea alrededor del premio, la agitación de los ciudadanos que asisten a los fallos y la de los periodistas que cubren la información.

Otra convocatoria, en este caso para fomentar el teatro, es el Convenio Volta, del cual da noticia en «Després del conveni Volta» (25 de octubre de 1934). Las intervenciones de dramaturgos como Yeats, Gordon Craig, Maeterlinck, Bontempelli o Tairoff son comentadas por Masoliver. Volvemos a hacer hincapié en el valor de esta experiencia periodística, ya

que le permitió conocer y estar cerca de muchos de los personajes de los que habla. Estas relaciones serían una de las principales fuentes de la amplia cultura de Masoliver. De otro dramaturgo, Crommelynck, se ocupa en «La nova obra de Crommelynck» (1 de diciembre de 1934), donde describe el proceso creativo del autor, en el que tienen una parte importante destacadas borracheras y copiosas comidas en los diferentes restaurantes de Rapallo. También de estas experiencias aprendería mucho el joven, una costumbre que continuó cultivando a lo largo de su vida.

Más nombres ilustres hay aún en los artículos de Masoliver, de los que proporcionaba información de primera mano y con lo que contribuía a su conocimiento en Catalunya y España. «Croce i Gentile, prohibits» (10 de noviembre de 1934) pone de manifiesto de alguna manera la indignación del cronista por la decisión del Vaticano de prohibir las obras de Croce y Gentile; algo que, por otro lado, considera una iniciativa política, ya que Gentile proponía que el Estado asumiera la gestión de la religión. Según Masoliver, la única razón para prohibir a Croce es su liberalismo. A pesar de su profundo catolicismo y de su devoción por la política de Mussolini (a la que consideraba ejemplar en otros artículos), Masoliver es capaz de oponerse a determinadas medidas, sobre todo cuando afectan al ámbito cultural. Se podría señalar que estas pequeñas contradicciones empiezan a poner de manifiesto lo que será el pensamiento y la actitud propia de Juan Ramón Masoliver incluso con el régimen franquista: a pesar de formar parte del *establishment*, siempre conservó su independencia para denunciar ciertas aberraciones, sobre todo las relacionadas con la literatura.

Otras características propias del Masoliver de la madurez empiezan a emerger en estas piezas, como en «Vida i mort del príncep» (8 de diciembre de 1934), una necrológica del príncipe Don Gelasio Caetani de Duchi de Sermone-

ta, una familia que había dado papas, cardenales, almirantes, magistrados y políticos. La fascinación por la aristocracia y su genealogía, reflejada en una muy particular manera de hablar de éstas, así como su habilidad para los obituarios, son las características aquí incipientes pero que marcarán profundamente el estilo de Masoliver. De este tipo de artículos se desprende una cierta confianza, intimidad casi, como si hubiese conocido en profundidad al muerto, que se ilustra con anécdotas y un estilo muy directo. Una profusión de fechas y hazañas por parte del finado consiguen que se alcance un tono casi heroico.

El último artículo que Masoliver publicó en *Mirador* fue el que dedicó a su amigo el pianista Gerhart Münch, integrante del Grupo Tigullio y director de la Semana Mozartiana: «Presentació de Gerhart Münch» (10 de octubre de 1935). En éste, el autor habla de cómo conoció al pianista, con lo cual vemos que él mismo es uno de los protagonistas de la información, nada que ver pues con las crónicas asépticas que pretenden hacer invisible la inevitable presencia del cronista. Masoliver cuenta cómo al final de un recital, en el que se conocieron, Münch le dedicó *Alborada del gracioso*. La presentación del pianista, además del propio interés del personaje, está justificada por que Masoliver explica el viaje de Münch a Barcelona.

Del conjunto de todos estos artículos se consigue un valioso mosaico que permite comprender cómo era la vida de Rapallo en los años treinta y cómo ésta influyó en la formación de Masoliver.

Una experiencia clave

Los artículos que Masoliver publicó para *La Vanguardia*, objeto de un estudio más amplio, guardan evidentes semejanzas con los aquí analizados de *Mirador*. En ellos, Masoliver retrata la sociedad italiana que conoció tan de cer-

ca: la efervescencia cultural de la costa ligur, la multiplicidad de corrientes intelectuales, las iniciativas culturales promovidas por una élite decidida a instruir y dinamizar su sociedad, el crecimiento y la consolidación del régimen mussoliniano así como sus instrumentos políticos, legislativos y culturales o sus campañas militares; y, cómo no, su propio despertar cultural junto a personajes de la talla de Ezra Pound o Basil Bunting. Para llegar a comprender las constantes contradicciones que definieron el carácter de Masoliver, sus gustos estéticos, sus criterios literarios, su visión del mundo en definitiva, estos documentos resultan imprescindibles. La concepción que Masoliver tuvo de la poesía –su devoción y posterior conocimiento de los clásicos italianos, del *Dolce stil nuovo*– sólo es comprensible arrancando de su relación con Pound. Los años italianos son decisivos en la vida de Masoliver, pues durante éstos no sólo se definió su opción estética y profesional, sino también la ideológica. Una muestra de la estrecha relación que se estableció entre Pound y Masoliver y las influencias recíprocas puede contemplarse en la correspondencia entre los dos escritores que se conserva en la Fundación Juan Ramón Masoliver y de la cual se ofrecen algunos ejemplos en esta revista, traducidas por Juan Antonio Masoliver Ródenas.

De las experiencias vividas entre 1931 y 1936 –cuando creyó sentirse llamado por algún deber moral para participar en la Guerra Civil Española– surgió buena parte de la personalidad de Masoliver, hasta el punto que Italia fue siempre su segunda patria. Y como quien cree tener dos patrias puede llegar a tener muchas más (regresó a Italia en 1940 después de su decepción en el régimen franquista, como también volvió al periodismo, de nuevo como corresponsal de *La Vanguardia*, y viajó por toda Europa), Masoliver adquirió un rico sentimiento europeo –universal– que le permitió estar en un nivel privilegiado de la cultura y guardar una saludable dis-

tancia de todas las manifestaciones (su participación en la guerra y su patriotismo son rasgos de su carácter contradictorio) que supo aprovechar con acierto para convertirse algunos años después en uno de los críticos literarios más agudos e incisivos de este país. En definitiva, para entender a Masoliver hay que adentrarse en luminosos años de Rapallo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

BOSWORTH, R. J. B. (2003). *Mussolini*. Barcelona: Península.

DÍAZ-PLAJA, Guillermo (1966). *Memorias de una generación destruida (1930-1936)*. Barcelona: Delos-Aymá.

FOGUET I BOREU, Francesc (2003). «“Hèlix”: una avantguarda sense teatre». *Quaderns de Vallençana*, 1 (juny), pp. 36-47.

MASOLIVER RÓDENAS, Juan Antonio (2004). «Juan Ramón Masoliver: un odiseo del siglo XX». En: *Joyce y España* (catálogo de la exposición homónima inaugurada celebrada entre el 10 de junio y el 31 de julio en el Círculo de Bellas Artes de Madrid). Madrid: Círculo de Bellas Artes de Madrid.